

«CUATRO MOMENTOS»

Envío: A Luisita Ruiz Casco, con todo cariño, en mi deseo de que pase un feliz cumpleaños.

Vive, goza, muere y sube...
que en la presencia de Dios
serás de gasa y de nube,
de aromas y de perfumes...
¡En la tierra eres de amor!

I

¡Vive criatura! a la vida
no la prives de la suerte
de conocer tu hermosura.
Que todo es mentira olvida.
Que todo es falso procura
no saber hasta la muerte.
Hoy los años te convidan
y aunque te sea duro hacerte
es razón que en la locura
del mundo caigas cautiva...
Porque advierte
que yo necesito verte
¡y te condeno a la vida!

II

¡Goza! que el puro gozar
—sin pasión—de lo creado
no lo maldice el Señor.
Gusta el placer de mimar
con exquisito candor
a tu amado.
Liba en él, que en tu besar
—en tu besar delicado—
no habrá fingido pudor
que te pueda avergonzar
por gastado.
Ni habrá rastreros halagos
en tus ojos al mirar.

III

Muere después de gustar
estos placeres terrenos.
Muere después de amar tanto,
porque este mundo fatal
ya no guarda más encantos
que el amor—que el amor bueno—.
Lo demás es tan fugaz
y de caprichos tan lleno
que sólo produce llanto
cuando cambia y se nos va...
Y aunque nosotros lloremos
¡déjanos! porque tú al menos
encontrarás la Verdad.
¡Sube! aquella senda florida
conduce hasta las moradas
de la Luz y de la Paz,
de la Gloria apetecida.
¡Sube! que al verte llegar
daremos por bien pagadas
nuestras lágrimas vertidas.
¡Sube! que seas coronada
tras tu constante luchar
en este mundo, querida,
donde la gente, olvidada,
ya no fija sus miradas
en la verdad de otra Vida.

.....
¡Vive, goza, muere y sube
a la presencia de Dios!
Eres de gasa y de nube.
De aromas y de perfumes.
De transparencias... ¡De amor!

JOSÉ MARÍA GIL

EVOCACION VIVA DE «AZORIN»

SENSIBILIDAD

En el mundo habrá siempre una sensación inédita, en espera del artista dotado para sentirla.

EL escritor ha decidido tomarse un corto descanso. Para ello ha abandonado Madrid y ha emprendido un pequeño viaje. Pero el escritor no irá muy lejos, ahora no saldrá de España. A veces—ya son varias—se llegó hasta París. Este artista gusta del contraste. Francia es un país muy distinto al nuestro; Francia vive más la vida del continente; España es más bien un pequeño continente aparte. El regreso a España le llena siempre de contento. Diríase que ahora —al retorno—lo ve todo más claro, más bello. Diríase que no la iba a poder ver ya más.

Pero este viaje que acaba de comenzar será corto. Hemos dicho que había emprendido un breve y pequeño viaje. Mas hemos dicho también que quería descansar, olvidarse de todo, para así llegar a olvidarse de sí mismo, ya que esta es la única forma de descanso total.

El escritor ha elegido como punto de reposo una pequeña ciudad castellana; una ciudad donde, como en otras muchas, nunca pasa nada. El sabe de estas pequeñas ciudades; ha sido él quien las ha descrito y sacado del anónimo en que se hallaban. Conoce prolijamente todos sus secretos—si es que los tienen—y todas sus pequeñas historias nimias, cotidianas, familiares. Pero sabe también que estas pequeñas historias nunca trascienden a la calle; que no perturban jamás la calma milagrosa y maravillosa de estas ciudades. Por eso él—que sabe todo esto—ha corrido a embozarse en esta paz preñada de historia, de silencio, y que, sólo muy de tarde en tarde, ha sido quebrada por alguien.

Nuestro hombre lleva ya varios días viviendo en la pequeña ciudad. Su vida es ordenada y sencilla; al fin va a poder descansar. Pero su sensibilidad es fina, enfermiza, y, esto, él lo sabe, puede ocasionarle un rápido y profundo malestar. Por ello no ha traído ninguno de los libros de que suele acompañarse en sus viajes; por ello tampoco lee los periódicos que llegan de la capital. Quiere vivir unos días—tal vez unas semanas—en un mundo nuevo y antiguo, en un mundo inactual.

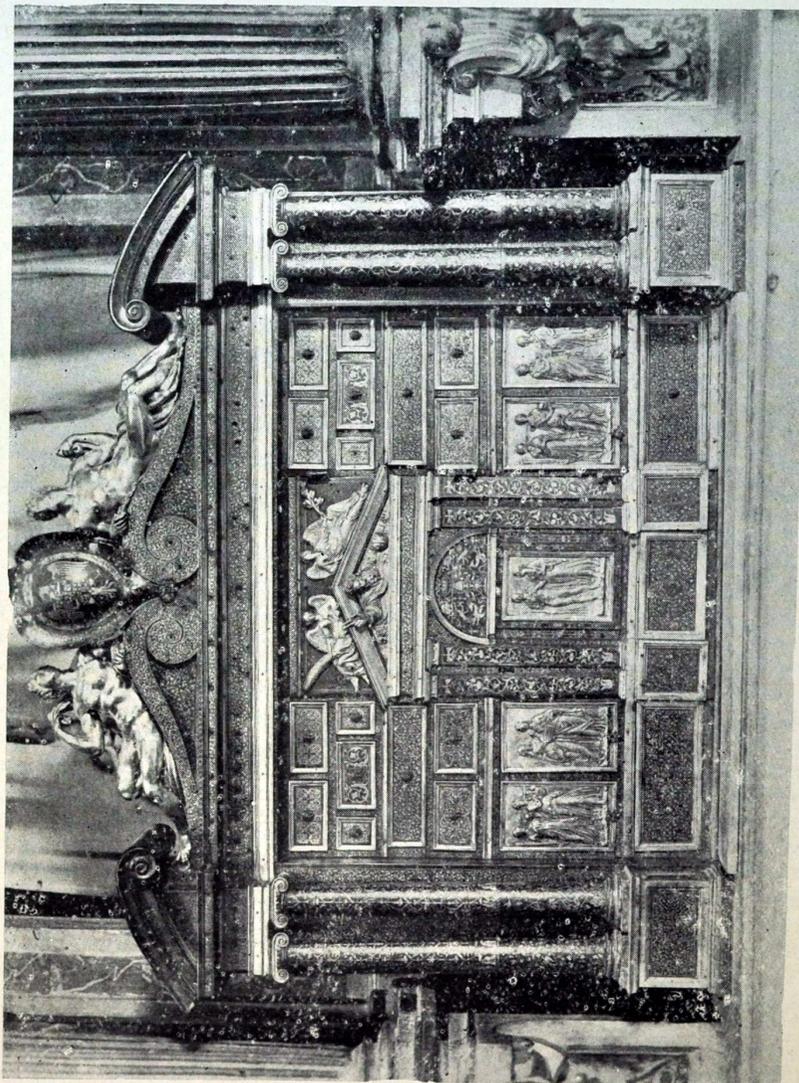
El día lo reparte equitativamente. Por la mañana suele visitar los palacios, las casonas y las iglesias de la pequeña ciudad. Todos los días frecuenta también, por mañana y tarde, invariablemente, la vieja catedral. Ya no va tras la ligera refacción, como en los primeros días, al casino de artesanos de la localidad. Hemos dicho que este

artista gusta del contraste. Suele él sacar de toda oposición, de todo lo antitético, provechosas consecuencias. Por la mañana, a la luz vivida de la meseta, va observando la ciudad; por la mañana todo es joven o al menos quiere serlo. Los patios, las iglesias, los claustros, están más henchidos de luz; sólo en tal cual ángulo del fondo se acurrucan las sombras en un rincón. A estas horas ascendentes, el claroscuro es violento como en un cuadro de Zurbarán. Pero los detalles se perciben, a estas horas claras de la mañana, con mayor precisión. Luego, por la tarde, estos mismos detalles habrán desaparecido celados por la penumbra del ocaso. Y la noche, que lo simplifica todo, que devuelve a todo su propia libertad, irá ofreciéndole la esencia de las cosas, el alma toda de la pequeña ciudad.

Tras el parvo yantar rompe el cinturón almenado y se entrega al campo. Acaso no habremos dicho que este escritor siente una profunda admiración por el campo; que sus libros contienen repetidas descripciones de campos y paisajes; que, de todos los paisajes de España, siente una especial predilección, una íntima complacencia, por el campo de la meseta castellana. Minuciosamente, en cada uno de sus libros, ha de referirnos un paisaje; numerosas veces, en algunas de sus obras, vuélvese hacia lo pasado para encontrar ese regusto especial de lo ya sabido. Por eso estos paseos tienen para él un gran valor ante sí mismo. Hace ya muchos años—al presente tendrá unos setenta—describió este mismo paisaje en uno de sus primeros libros. Y ahora vuelve a él para comprobar si fué exacto; para percibir el saludo con que nos recibe siempre, indefectiblemente, lo ya conocido.

Lentamente, muy despacio, ha ido bajando la calle que conduce al río. La calle es estrecha y pina; diríase que es un atajo hecho para evitar un prolongado rodeo. A lo largo de la calle se alinean unas cuantas herrerías. El oficio de herrero es noble, elevado y en tiempos debió ser lucrativo. Indeliberadamente, se ha ido parando ante cada una de estas pequeñas herrerías. ¿No hemos dicho que este artista siente una gran afición, una honda simpatía, por estos menudos oficios? En sus pasadas correrías solía hablar con estos oscuros menestrales; solía departir con ellos de todo, de política, de filosofía...

Para saber lo que el pueblo piensa, lo que el pueblo siente, lo que el pueblo quiere, nada más que descender al pueblo y escucharle. El lo hace siempre que puede. Para él lo mejor del pueblo español se encuentra en estas ciudades y, dentro de ellas, en estos oscuros y tradicionales artesanos, en estos menestrales. ¿Cómo ven estos hombres el problema de España? ¿Qué pensará acerca de nuestro futuro, este herrero que vemos al pasar, allá en su honda y oscura herrería? He aquí las preguntas que le gustaría hacer a estos hombres. Pero no, este viaje no es como los otros; este viaje tiene otra misión; ahora desearía—y bien a su pesar—no saber nada; no quiere tampoco observar, por eso ha escogido este lugar ya conocido; y si ha venido a esta ciudad, ha sido para gozar o para robar a sus vecinos, si es preciso, un trozo de paz.



ALBUM EXTREMEÑO: Monasterio de Guadalupe. Sagrario. Papelera de Felipe II, por Juan Giamín

En su discurrir constante hoy ha llegado al río, ha traspuesto la puente y se ha alejado aun más. Durante estos paseos suele encontrarse con las mismas personas todos los días. Son gentes sencillas y grises, gentes que no tienen nunca prisa, porque en estas ciudades el tiempo se solidifica. El cree haber visto antes de ahora, en otra parte, estas mismas caras. Mas no quiere atormentar su memoria, no quiere esforzarse en recordar. Tal vez las haya visto en el rostro de los apóstoles del retablo mayor de la vieja catedral; o quizá en los bajos relieves de la sillería del coro. Pero, ciertamente, no lo sabe o no quiere saberlo; él ha venido a descansar.

* * *

Hoy, como todos los días, a la hora del crepúsculo, ha entrado en la antigua catedral. Espesas cortinas de sombras tapizan las anchas paredes. La luz es gris, cenicienta, densa. Las encendidas velas de un altar brillan débilmente, tímidamente, acongojadas por las sombras. Todo el templo está envuelto como en un hálito de abandono y olvido. El escritor se ha sumergido en este ambiente denso, pesado, cargado de siglos. Fuera—en lo alto—han sonado unas campanadas lentas, redondas, sonoras. El artista ha ido palpando suavemente, mansamente; ha ido acariciando las molduras de los basamentos, la aspereza de las pilastras, las ondulaciones de las jambas. El cree percibir a través de este contacto la carne de los siglos, el cuerpo del tiempo. Pero de pronto ha tocado algo que ha exhalado un ronco quejido. Y, en efecto, una pequeña puerta se ha abierto entre crujir de tablas y rechinar de goznes orientados. En su diaria visita al templo no había percatado esta puerta. La puerta es pequeña, apenas si cabe a entrar derecho el escritor por ella. Sin embargo la ha franqueado con timidez y al mismo tiempo con ánimo decidido. La estancia es de reducidas proporciones y recibe su luz por un ancho ventanal abierto en el muro. La pueblan objetos infinitos: candelabros, varias mesas de sacristía, cuadros pendiendo de las paredes y otros apoyados en las mismas. El desorden es completo. El polvo y el abandono han ido tejiendo su manto sucio. Morosamente, recreándose, ha reparado en cada uno de los objetos; los cuadros que penden de las paredes son antiguos pero sin valor artístico. Nuestro escritor es un gran conocedor del arte. Siempre que estuvo en París, visitó con reiteración el museo del Louvre; cuando vive en Madrid, frecuenta asiduamente el museo del Prado. El artista siente una íntima y como profunda veneración por *el Greco*; *el Greco* es uno de los mejores intérpretes de la España del siglo XVI: *el Greco* debió retratar a nuestro don Quijote y él no se explica cómo murió sin hacerlo.

Cuidadosamente ha ido escudriñando cada uno de los cuadros que se apoyan sobre las paredes o que se hallan desperdigados por el suelo. Los hay de todos los tamaños: grandes, medianos y pequeños; los hay con marco o desprovistos de él, y están colocados de frente o de espalda, ocultando sus lienzos. Pero él va viéndolos todos, todos, atentamente, minuciosamente. Ahora, de unos cuantos

que hay sobre el suelo, coge un lienzo sin marco y lo examina brevemente entre sus manos. El cuadro es de regulares proporciones; representa la imagen de un hombre. La serena faz del caballero tiene unos ojos grandes, negros y tranquilos, que no miran a nadie, que parecen enfrentarse con el infinito y el tiempo. Colócalo sobre los brazos de un sillón, de uno de los varios sillones que hay en el aposento. Nada le podrá disuadir ya que este caballero, ahora sentado, no es una figura *del Greco*. Extático se halla ante el lienzo como debió encontrarse el pintor ante su obra: perplejo. Diríase que, mientras se recrea en ella, la está dando los últimos repasos. Preso es ya de un profundo contento. El lienzo descubre la factura de una mano maestra. Este cuadro, este caballero, le recuerda otros cuadros, otros lienzos. Secretamente se va apoderando de él un íntimo desasosiego. Cada vez que lo examina nuevamente se afianza más en su idea. No, no hay lugar para la duda. Y, poseso ya de una visible excitación, abandona rápidamente el templo.

En una de esas profundas horas de la madrugada sorprendemos al escritor despierto. Hace unos instantes que abandonó el lecho. El hallazgo de la tarde ha truncado su descanso y su sosiego. Consigo mismo ha luchado un largo tiempo, y aun le encontramos vacilante, absorto, y como indeciso a hacerlo. Sin embargo, es necesario; la importancia del descubrimiento exige que al fin rompa su silencio. No obstante, resístese, por reflexión, a romperlo. El ha venido a descansar; a vivir tranquilo unos días; a permitirse un merecido regodeo. Mas parece ser que un escritor de fina sensibilidad; de sensible temperamento, no puede permanecer mucho tiempo inactivo; las sensaciones estéticas asedian al artista como las pasiones, a un santo, en acecho. Lentamente, sin darse él cuenta, se ha ido dejando ganar por su temperamento. El artista no se debe a sí mismo, el artista ha de estar a merced de su arte; y el arte no es una obligación, un oficio, sino una religión, un sacramento.

El hombre ha sido vencido por el artista; y, suspenso ya del anhelo, se ha dispuesto a escribir uno más de sus maravillosos capítulos. La pluma ha cespitado sobre la albura de las cuartillas, y ha ido desenredando la maraña del pensamiento, en un estilo limpio, claro, terso. Las páginas de este escritor son como blanquísimas holandas expuestas al viento. Todo en su obra es ordenado, pulcro y sencillo, y al mismo tiempo, profundo, denso.

Largo rato ha estado inclinado sobre las cuartillas. A medida que avanza en su trabajo, una sensación de alivio va expresando su semblante; y es que el artista descansa al mismo tiempo que realiza, en una gestación simultánea y dolorosa por la obra de arte.

Tras un escribir ininterrumpido, constante, termina por fin su trabajo. Y ya vuelto al sosiego, libre su frente de todo cansancio, el escritor estampa su firma al pie del ensayo. *Azorín*, dice la firma, y después no ha rubricado.

ANTONIO SANCHEZ PAREDES

EL SEÑOR DEL GRAN PODER

(LEYENDA)

En el profundo silencio que la muchedumbre guarda en una espera expectante, resuenan dos campanadas, y antes que las vibraciones el viento lleve en sus alas, se oyen crujir unos goznes en sus mohosas bisagras.

Las puertas de San Lorenzo, se abren lentas y pausadas, y en su dintel aparece la figura sacrosanta del Cristo del Gran Poder, abrumado con la carga redentora de la Cruz que hace curvar sus espaldas.

¿De qué modelo tomó el artista de esa talla la expresión de su semblante, la humildad de su mirada, las arrugas de su frente por las cejas que se alzan en una doliente angustia de su alma atribulada, y esa boca que contiene el suspiro en la garganta, para no quebrar el aire con su queja lacerada?...

Alguien, en aquél entonces, que en el taller penetraba del artista imaginero por amistad y privanza, y a quien Montañés, sus dudas y secretos confiaba,

dijo, y fué de la voz pública, que el escultor en su talla se valió como modelo de la imagen viva y clara de Jesús, que aparecía para posar en la estancia del estudio del artista, radiante y lleno de gracia, con la Cruz de su martirio y la túnica dorada que llevó el sublime día de la Redención humana...

La espectación se agudiza. Unos golpes en las andas, alzan el divino paso poniéndose en lenta marcha.

Y en un profundo silencio que hasta el latido señala del corazón, en el aire fino de la madrugada, entre dos filas de cirios de parpadeantes llamas, que imitar quieren la luz de las estrellas lejanas, que le velaron el sueño en la dolorosa y trágica noche de su sacrificio, cruza las calles y plazas el Señor del Gran Poder, entre saetas y lágrimas, que son las más tiernas flores que esa noche ofrenda el alma sentimental de Sevilla a la PERLA SEVILLANA.

MANUEL MONTERREY

